

Recetas cubanas para sanar un corazón roto

UNA NOVELA DE
LAURA
TAYLOR
NAMEY



CROSS
BOOKS

Recetas
Cubanas
para sanar
un corazón
roto

UNA NOVELA DE
LAURA
TAYLOR
NAMEY

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Cuban Girl's guide to Tea and Tomorrow*
© del texto: Laura Taylor Namey, 2023
Traducción de María Belén Sancho
Publicado por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-27883-2
Depósito legal: B. 15.952-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Puedes llamarlo como quieras. Unas vacaciones, un regalo de graduación del instituto o incluso una vía de escape. Pero lo único que sé es que estoy lo más lejos de Miami de lo que he estado en toda mi vida.

Estoy aquí porque el remedio cubano falló. Se trata de uno muy antiguo que parece una receta de cocina. Y aunque los ingredientes pueden variar de una familia a otra, el objetivo es siempre el mismo: que tu familia te ayude a juntar los pedazos de tu corazón roto. Sin embargo, como no hay nada que la comida o la familia puedan hacer para curar mi corazón, me han engañado, como a la protagonista de una de las telenovelas que sigue Mami.

—El siguiente, por favor. —El agente de aduanas del aeropuerto me hace señas para que pase—. ¿Cuál es el motivo de su visita, señorita? —me pregunta cuando le entrego el pasaporte.

Pasan dos segundos y luego cuatro hasta que llega mi flagrante mentira.

—Vacaciones.

No digo nada más porque Spencer, uno de mis anfitriones durante mi estancia aquí, está esperando, y porque el

hecho de tener que pasar una inspección secundaria es peor que que te saquen un diente o cualquier examen ginecológico. Pero ¡por Dios! Cómo me gustaría desquitarme con este agente y con el mal día que estoy teniendo. Apenas puedo reprimir el deseo de acercarme a su elegante uniforme azul y gruñir: «Estoy. Aquí. Porque no solo mi querida abuelita murió, sino que a los dos meses de su muerte, mi mejor amiga me abandonó y mi novio de los últimos tres años me dejó justo antes del baile de graduación. A eso lo llamo yo hacer triplete. Y, al parecer, estaba tardando mucho en superarlo, así que mi familia decidió enviarme aquí para que me calmara. Yo no quería venir a Inglaterra, pero mi madre sacó a relucir su mejor truco, uno aún más poderoso que los pasteles de guayaba y otros típicos remedios cubanos para el corazón: Abuela. Así que, para responder a su pregunta, yo no tengo ningún motivo para estar aquí».

¡Pum! El agente sella mi pasaporte y lo desliza hacia mí.

—Disfrute de su visita.

«Que disfrute de su visita», repito en mi cabeza con ironía.

Ni de coña.



Dos horas más tarde, y tras un viaje en autobús con pocas palabras, seguido de un trayecto en taxi en absoluto silencio, el conductor nos deja en un lugar que solo he visto en fotos. Por desgracia, se olvidaron de ponerle sol. Estoy temblando bajo un cielo gris mientras Spencer saca mis dos grandes maletas del coche.

Así que esto es Winchester, Hampshire, Inglaterra.

Cruzo la estrecha calle y me acerco a la posada Owl and Crow. Como muchos otros edificios que pasamos en la ciu-

dad, la posada parece sacada de una novela de Jane Austen. El enorme edificio de ladrillo rojo anaranjado, que tiene forma de pastel de bodas, se eleva sobre el vecindario. La hiedra trepadora se enrosca desde la entrada, recorriendo la posada de tres pisos en sendas hileras verdes. Este lugar rebosa historia.

Nada en Miami es tan antiguo. Ni siquiera la señora Cabral, quien todavía acude cojeando a la panadería de mi familia todos los lunes y ya era anciana antes de que mis padres nacieran, es tan vieja como este lugar.

Spencer Wallace arrastra mis maletas por debajo de una pérgola adornada con rosas. Al verlo aquí en lugar de en Miami, cuando va de visita con su mujer y su hijo, me doy cuenta de lo mucho que su aspecto combina con su posada de ladrillo. Cabello pelirrojo con canas recientes. Combinación de barba y bigote. Y hasta lleva una chaqueta de lana gruesa. Fue esto, el primer vistazo a mi pariente lejano en el aeropuerto, lo que hizo que mi viaje se volviera aún más surrealista que cuando embarqué en el avión. Mami y Papi me han enviado a un país extranjero donde los hombres usan chaquetas de lana. En junio.

—Ven aquí, Lila —dice Spencer desde la puerta—. Cate ya debería haber vuelto de fisioterapia. Aquí dentro se está bien.

Me golpea el hombro cuando cierra la puerta detrás de nosotros.

—Lo siento —dice, y dirige otra mirada de preocupación a mi ropa, la misma que ha estado mirando de reojo desde que salí de la aduana. En la terminal 5 del aeropuerto, descubrí que mis vaqueros blancos, mis sandalias doradas y mi ligera blusa rosa no eran las prendas más idóneas para unas vacaciones en Inglaterra, ni siquiera a principios de verano. Pero es totalmente normal en Miami. El hecho de que tenga frío o no da igual.

En el interior de la posada, el aire es cálido, pero no sofocante. Huele a mantequilla y azúcar. Inhalo e intento guardar esos aromas. Los olores familiares son lo más parecido a un hogar que puedo encontrar en este momento.

La tía Cate aparece al pie de una lustrosa escalera de madera.

—¡Ah! Aquí está mi niña. —Se acerca y me rodea con sus brazos—. Siento no haber podido ir con Spencer a buscarte al aeropuerto, y encima haberos dejado sin el coche.

—El autobús no ha estado tan mal —digo con la cabeza en su hombro mientras la lana de su abrigo me hace cosquillas. Su cabello rubio recogido en un moño es el mismo que recordaba, pero su acento suena más plano que nunca. ¿Es esto lo que veinticinco años en Inglaterra le hacen a una venezolana, nacida con el nombre de Catalina Raquel Mendoza? Aquí, en esta ciudad medieval de Hampshire, junto a su marido, ella es Cate Wallace.

—¡Mírate! A punto de cumplir dieciocho años. —Cate da un paso atrás, frunciendo el ceño—. Vamos al salón a tomar el té mientras Spence sube tus maletas. El fuego está encendido y te conseguiré un jersey antes de que deshagas el equipaje. Esa blusa es muy fina... no queremos que te resfríes.

Mi pecho se contrae oprimiéndome el corazón y entonces... sucede. Aquí, en el acogedor vestíbulo del Owl and Crow, con tablones de madera desgastados bajo mis sandalias y paragüeros llenos en la puerta. No sucedió cuando llegué al aeropuerto internacional de Miami con un ceño fruncido inquebrantable o incluso mientras le daba besos obligados a mis padres y a mi hermana, Pilar. No sucedió mientras veía las brillantes luces de mi ciudad desaparecer detrás del ala del avión. No lloré entonces. No podía. Pero Catalina-Cate Wallace logra aflojarme y no puedo evitarlo. Se me

humedecen los ojos y se me cierra la garganta ante un recuerdo que nunca se irá.

«¡Ponte un jersey, que te vas a resfriar!»¹

Ponte un jersey, que te vas a resfriar. El mantra más cubano de todos. Uno que nos tatuamos en la frente, lo escribimos con tinta indeleble en nuestra correspondencia con aroma a violetas y gritamos a todo volumen desde las ventanas a los niños que comen helados en las calles de la Pequeña Habana. Mi abuela repartía montones de jerséis virtuales a diestro y siniestro, hasta que aquella fría mañana de marzo no pudo hacerlo más. Ese fue el día más frío de todos.

Me llevo la mano al amuleto en forma de paloma dorada que cuelga de mi cuello, un regalo que me hizo Abuela hace cuatro años. Cate se da cuenta y sus refinados rasgos se marchitan.

—Oh, tu dulce abuelita. Era una mujer maravillosa, cariño.

Cariño. No, *mija*. Eso no era algo que la Cate inglesa pudiera decir.

—La abuela prácticamente me crio a mí también. —Cate se encuentra con mis ojos hinchados—. Lamenté no poder ir a su funeral.

—Mami lo entendió. Es un viaje largo.

Cuatro mil trescientos ochenta kilómetros.

Cate pone sus dos manos sobre mis mejillas. Es un gesto tan parecido al de Abuela que las lágrimas amenazan con volver a aparecer.

—Dime la verdad —dice—. A pesar de que me acababan de operar del cuello, tu madre encontró la forma de culparme, ¿no es así?

Me río. Inglaterra no se lo ha llevado todo. Sus labios frun-

1. En español en el original

cidos, la inclinación de su cadera y sus ojos desafiantes me recuerdan a la Cate del último viaje de los Wallace a Miami.

—No vas desencaminada...

—Quiero mucho a tu madre. Pero las mujeres de las telenovelas podrían aprender de ella.

La dueña del drama de telenovela. Mami nunca fue a la universidad, pero aun así tiene un título en drama, con una mención especial como extra. También se especializó en hacer todo lo contrario a lo que es mejor para mí.

—Toma asiento en el salón mientras traigo el té que nos ha preparado Polly —dice Cate y señala la entrada antes de marcharse.

Me quito el bolso negro y el formulario de la aduana asoma por el bolsillo delantero. «Disfrute de su visita.» Arrugo el papel en una pequeña bola. Ningunas supuestas vacaciones me van a hacer sentir mejor.

2

Entiendo por qué a los huéspedes del Owl and Crow les encanta el té de la tarde que sirven en el salón, pero este bizcocho, o *scone*, lleva demasiado azúcar. Aunque la textura es casi perfecta, el nivel de dulzor es el punto en el que fallan muchos pasteleros. La harina, la mantequilla y el azúcar son simples soportes para otros sabores: especias y extractos, fruta, crema y chocolate. Un pastel nunca tiene que ser demasiado dulce. Basta con que sea memorable.

No es que sea una experta en *scones*; de hecho, nunca he hecho uno. El último que me comí fue hace cuatro meses, cuando Pilar quiso celebrar su veintiún cumpleaños con un *afternoon tea* en el hotel Biltmore de Miami.

Al igual que aquel lugar histórico, este salón, con sus paredes azul cielo y su tapicería de brocado, parece más un cuadro que una habitación. Aquí, soy un personaje de la vida de otra persona.

Lo llamaré: «Chica cubana con *scone* demasiado azucarado sin Miami».

—... y dar paseos. El campo está tan cerca... Puedes ir en una de las bicicletas para huéspedes a todas partes y, bue-

no, también puedes descansar. El centro de la ciudad tiene cafeterías y pequeñas tiendas que sé que te encantarán.

Durante los últimos cinco minutos, entre tragos de un fuerte té negro, Cate ha estado intentando venderme Winchester como si fuera una agente inmobiliaria.

Yo le sonreía inmóvil, como si de verdad fuera a conseguirlo.

—Suenan bien, gracias por dejar que me quede.

Me encuentro en el límite imaginario entre querer ahogar todas mis palabras dentro de la tetera decorada con rosas y mostrar respeto a la mujer que conozco desde que nací.

—Déjate de tonterías —dice Cate—. Puedes ser sincera conmigo.

—Bien. —Dejo la taza sobre la mesa, con un ruido metálico desagradable—. No quiero estar aquí, aunque seáis mi familia.

Las palabras ni siquiera atraviesan su mirada, que es fría como el cielo de mármol blanco que se ve por la ventana. Cate acaricia el borde de su taza de té. Sus uñas ovaladas brillan por el esmalte negro cereza.

—Por supuesto que no. No hace falta que finjas. Pero tus padres creen que pasar un tiempo fuera te ayudará...

—¿Y qué hay de lo que yo pienso? ¿De lo que yo siento?

Soy un disco rayado que repite el mismo guion desde que me reservaron el vuelo. Toda la ayuda que necesito está a seis mil kilómetros, al otro lado del Atlántico. Ese es el lugar donde, semanas atrás, tenía todo lo que quería. Es el hogar de nuestra panadería, de la que me haré cargo y haré crecer, la que siempre me recordará a Abuela: la panadería La Paloma. Su recuerdo y su espíritu siguen entre esas paredes y ahora yo no estoy allí.

No necesito a Inglaterra. Miami es mi ciudad favorita, el hogar donde he conseguido mucho en diecisiete años. Me

llama, como si fuera mi propia sangre espesa o mi médula ósea. «Eres mía», me dice. «Puedes seguir sumando nuevos logros.»

Pero no aquí. No en Inglaterra.

Miami guardaba mis relaciones más queridas, aquellas por las que lloro en secreto. Abuela. Andrés. Stefanie. Mi corazón, mi cuerpo y mi memoria aún no los han superado. Muchas cosas pueden cambiar en estos ochenta y cinco días en los que estaré en Inglaterra y no voy a estar en casa para poder detenerlas.

—Estás sufriendo, Lila. Y les diste un buen susto a tus padres —dice Cate—. Tu salud mental es más importante que hacerte cargo de La Paloma ahora mismo.

Bueno. La regla de dejar de decir tonterías es válida para ambas. Pero estaba lidiando con ello. Necesito más tiempo, no más conversaciones. Tampoco más espacio. ¿Por qué Mami y Papi no pueden verlo?

Cate se enrosca un mechón rubio que se le escapa del moño.

—Solo prométeme una cosa, porque ambas conocemos a tu madre enfadada.

Levanto la mirada.

—Intenta encontrar tu sitio aquí. Quizá incluso te diviertas un poco. Pero hazlo con cuidado, ¿vale? —Parece que pasar la última media hora conmigo ha hecho que su acento se incline un poco hacia el suroeste—. No corras sola de noche ni hagas nada... imprudente.

Imprudente. ¿Como lo que hice hace dos semanas? Mis mejillas arden de ira y arrepentimiento.

Fui tan torpe. Tan irresponsable.

Pero no digo nada de eso. Escondo el resto de mis respuestas bajo los últimos bocados del bizcocho de grosella negra de Polly. Sí, demasiado dulce.

Me queda la mitad del té en la taza cuando Cate me agarra cariñosamente el antebrazo.

—Te ayudaré a colocar tus cosas. Spence ya debería tener preparadas tus maletas. —Se levanta, indicándome que la siga al vestíbulo y suba la amplia escalera.

La segunda planta de la posada Owl and Crow alberga ocho habitaciones. Cate había mencionado que todas estaban reservadas, pero ahora mismo el pasillo solo está ocupado por hileras de candelabros de bronce. Unas grandes alas de pájaro doradas adornan cada lámpara.

Nos detenemos ante una puerta ancha, sin señalizar, con un discreto teclado numérico.

—Estas son las escaleras que llevan a nuestro apartamento privado. El código de la puerta es el código postal de nuestro antiguo barrio en Miami.

Los rasgos de Cate se suavizan con nostalgia. Cuando sus padres se mudaron de Venezuela a Miami, Cate pasó tanto tiempo con Mami en casa de Abuela que se convirtió en su segundo hogar. Pilar y yo nunca la llamamos prima. Siempre será nuestra tía.

Me hace un gesto para que introduzca los cinco dígitos que me sé de memoria. Tras un pitido, la cerradura se abre con un clic, revelando la entrada a otra escalera de balaustre tallado.

Las escaleras nos conducen hasta un amplio espacio con aspecto de loft. Cate señala un pasillo.

—Spence y yo tenemos nuestra habitación al final. —Gira y me guía a través de la sala por el ala opuesta—. En este lado está el cuarto de invitados, un baño y la habitación de Gordon. Ahora está estudiando en la biblioteca.

Tengo un vago recuerdo de que aquí los exámenes escolares duran hasta bien entrado el verano.

—No puedo creer que Gordon ya tenga dieciséis.

Ella sonríe.

—Y está tan alto que apenas lo reconocerás. La última vez que os visteis debía de tener unos doce años. Fue justo antes de nuestro viaje a Cayo Hueso.

—Sí, le encantaba corretear por la cocina de La Paloma mientras tú y Mami bebíais café en la entrada. —Mi pelo oscuro cae sobre mi rostro y me doy cuenta de que huele a avión. Me lo echo hacia atrás—. Intentaba robar una empanada de cada bandeja que Abuela sacaba del horno. Ella corría tras él con un paño de cocina en la mano, pero no lograba detenerlo.

La ráfaga de recuerdos escuece como el golpe de una goma elástica contra la piel.

Desvió la mirada hasta que Cate me aprieta el hombro. Abre una puerta con paneles y empuja hacia dentro.

—Aquí es. Ya sabes dónde encontrarme. La cena es a las siete.

El dormitorio donde pasaré los próximos ochenta y cinco días tiene una cama con dosel. No es una imitación comprada en una tienda de muebles, sino una auténtica pieza del período de Regencia. Dejo mi bolso y deslizo los dedos por las vetas de madera de cerezo. Como el resto de la posada, parece vieja.

Spencer ha dejado mis maletas junto a una banqueta de terciopelo gris. Examino el espacio: una cómoda con un televisor encima, un sofá de dos plazas con flores grises y un escritorio. Una de las paredes tiene una generosa ventana con paneles, que ahora deja pasar la tenue luz de la calle. La otra pared que da al exterior tiene una ventana más amplia, pero con mecanismos de manivela. Corro las cortinas de seda color crema. Los marcos de la ventana producen un chirrido paranormal cuando giro la manivela y asomo el torso. Inclínada sobre el alféizar, miro por enci-

ma de las copas de los árboles hacia el patio amurallado de una iglesia que colinda directamente con ese lado del Owl and Crow. Mis ojos se esfuerzan por adaptarse, cambiando las palmeras y el estuco color melocotón de mi antigua ciudad por el ladrillo desgastado y las iglesias empujadas, justo como la pequeña parroquia de piedra que hay al lado.

Mi nueva habitación es preciosa. Pero eso no quita que una parte de mí quiera golpear la pared con los puños y soltar los gritos salvajes que han resonado en mi mente todo el día. Todo marzo, abril y mayo. Nada previene que la otra parte quiera esconderse bajo la colcha de felpa.

Me conformo con arrastrar las maletas hacia la puerta; no estoy preparada para organizar mi nueva realidad. Abro la cremallera de la bolsa de mano que tengo encima de la cama. Miami está dentro. Restos del limpiador de azulejos de vinagre con limón de Mami y del espray con aroma a gardenia que uso en mi habitación se adhieren a todo lo que necesitaré esta noche. Abuela podría haber hecho esta maleta.

Gracias a ella, Pilar y yo nunca nos atreveríamos a subir a un avión sin llevar un juego de ropa interior de repuesto y una muda de ropa. «Al fin y al cabo, ¡la aerolínea podría perder tu maleta!», solía decir. Abuela nunca se fiaba de los encargados del equipaje.

Y yo no les había confiado estas cosas. Después de unas mallas y una camiseta larga, saco el característico delantal blanco de Abuela, aquel que sostuve en mi regazo durante su funeral. Luego, una foto familiar de mis padres, Pilar y yo en el jardín de mi tío abuelo. Y otra pequeña instantánea de Abuela que tomé el año pasado. Su delgada figura, coronada por una melena negra y canosa, sonreía mientras desayunaba café con leche y pan tostado.

Abuela y yo éramos las únicas de la familia que guardábamos recuerdos. Pili no heredó el gen sentimental y Mami odia acumular cosas. Pero, aun así, no ha quitado el pequeño altar lleno de postales, fotos, figuritas y flores secas de la cómoda de Abuela. Aún no ha convertido su dormitorio en una habitación de invitados, ni ha quitado sus zuecos de jardín del patio. Por ahora, hasta mi madre guarda cosas.

Preparo mi propio altar, el que he trasladado, y coloco objetos de Miami en la mesita de noche. Mi corazón se detiene en la última prenda de mi maleta: una camiseta blanca de la Universidad de Miami que compré para Stefanie. Es un recuerdo de enormes proporciones, el de un plan de mejores amigas que aún no estoy preparada para guardar en un cajón.

Esta camiseta es la razón principal por la que estoy aquí.

Hace dos semanas, como si se tratara de una broma de mal gusto, la camiseta blanca llegaba a la panadería La Paloma el mismo día en el que salía el vuelo de Stefanie. Stef ya no iba a ir a la Universidad de Miami. Mi amiga ya no iba a ir a ningún sitio de Miami. Y menos conmigo.

El principio de nuestro final tuvo lugar dos días antes de la entrega de la camiseta. Yo estaba tumbada en su cama como de costumbre, con la diferencia de que en esa ocasión una enorme bolsa de lona se había tragado la alfombra de Stef. Su pasaporte, una pila de documentos de viaje y el paquete de la Asociación Misionera Católica del Sur de Florida cubrían su escritorio.

Y el desenlace de nuestro final se produjo cuando di un portazo y hui de una casa en la que me habían tratado como a una más de la familia durante años.

Y entremedias, mi mejor amiga admitió que llevaba desde noviembre preparándose para trabajar dos años de auxi-

liar sanitario. Meses de formación que nunca mencionó. Stef había cambiado su admisión en la Universidad de Miami por una remota aldea en Ghana, sin decir una palabra.

Hace dos semanas, sola en la oficina de la panadería, me quedé un buen rato mirando el logotipo de la universidad en la camiseta, recordando las palabras cargadas de reproches que nos habíamos dedicado, y que en ese momento caían sobre mí como granizo.

«¿Y no podías decírmelo?»

«Lila, lo siento mucho. Me hubieras convencido de no hacerlo.»

«Eso no es verdad.»

«Tengo que irme.»

«¿Entonces reorganizaste toda tu vida a mis espaldas?»

«Acababas de perder a tu abuela. Y después de lo que pasó con Andrés... Además, sabes que me habrías dicho que no. Y hubieras ganado, como siempre.»

Luego corrí a casa y lloré mirando un selfi de la graduación que nos habíamos sacado la semana anterior. Mi melena morena y sus finas capas de pelo rubio caían bajo los birretes que ahora estaban teñidos del oscuro color del engaño.

Sostener la suave camiseta en la oficina de la panadería solo sirvió para confirmar algo para mis adentros: mi dolor había cambiado, pasando de ser una línea entre dos punzantes puntos finales —Abuela y Andrés— a una nueva forma. Un triángulo.

Y ese triplete se alzaba de tal manera que no podía deshacerme de él. No podía encontrarme a mí misma bajo el oscuro vacío. Mi corazón se fragmentó y mi respiración era como el preludio de una tormenta. Tenía que irme. Tenía que correr.

*Receta para el abandono de tu mejor amiga,
de la cocina de Lila Reyes*

Ingredientes: Un bolso deportivo guardado en la oficina de Papi.

Un par de zapatillas Nike para correr. Una camiseta sin mangas azul neón. Un par de mallas de compresión Adidas.

Preparación: Ponte la ropa y huye por la puerta de servicio trasera.

Ve a tu dulce ciudad natal, Miami. Es lo suficientemente grande como para acogerte. Vuelve a los lugares y las calles que te conocen, que conocieron tu amor y tu alegría antes de que los últimos tres meses se llevaran tanto. Recupéralo todo.

* Deja de hablar de Stefanie con tu familia. Es tu pérdida y tienes que lidiar tu sola con ella.

Temperatura de cocción: 250 °C, exactamente el mismo calor que hace en Miami cuando sales a correr por la tarde.



Aquella tarde, hace dos semanas, me dirigí al aparcamiento trasero y guardé todo, excepto el llavero y el teléfono, en mi Mini Cooper turquesa. Estiré, calenté y me preparé para hacer lo segundo que mejor sabía hacer. Corrí más lejos que nunca; una distancia por la que la gente gana medallas y trofeos. Durante horas, pasé por alto todas las señales de peligro que emitía mi cuerpo y crucé los límites del vecindario hasta que llegó la hora de la cena. Un pensamiento se abrió paso a través del sudor, el calor y el dolor hasta que mis músculos finalmente se paralizaron: si me alejaba lo suficiente, podría escapar de mi propia piel.

Hoy me pregunto si Stef tenía razón, si realmente podría haberla hecho cambiar de opinión.

Después de todo, mi poder de persuasión no había funcionado con mi familia.

Me hundo en la banqueta de terciopelo gris e intento estar lo más quieta posible. Imagino que, si no me muevo, el lugar de donde vengo tampoco lo hará. West Dade se congelará en el espacio y el tiempo hasta que vuelva a casa.